



ENRIQUE CUBRIA DE BESOS LA MANO QUE LUISA OLVIDABA RETIRAR.

EL LOBO Y EL CORDERO.

Una noche se hallaba Luisa sentada tristemente junto a su chimenea, el tiempo estaba frio y húmedo: azotaba la lluvia los cristales y zumbaba el viento en los dos castaños que habia delante de su reja. Oia con pueril miedo y con doloroso deleite aquellos confusos ruidos de la noche, aquella armonía silvestre y desacorde, que crispaba sus nervios y heria su imaginacion, cuando resonaron pasos en la pieza inmediata. Hacia mucho tiempo que M. de Noirmont no acudia al aposento de su esposa á semejante hora. Según la disposicion en que su espíritu se hallaba aquella visita debia cambiar del todo su posicion respecto de su marido, y Luisa dió gracias á la Providencia porque le hacia mas justo é indulgente. Hay sin duda en la vida de toda muger un momento decisivo en que sus dos ángeles se disputan su destino en suprema lucha. El resultado es el secreto de su virtud ó de su ignominia... Cuando oyó abrir la puerta de su aposento, retrocedió la infeliz pálida de espanto.... Habia triunfado el ángel malo. Enrique fue quien se presentó á sus ojos.

— ¡Huid! Esclamó Luisa con una voz comprimida por el miedo ¡huid! Mi marido puede sorprenderos.. le aguardo de un instante á otro.

La pobre muger mentia por dar autoridad á sus palabras. Enrique sonrió con aire de incredulidad y de lástima.

— ¡Vuestro marido, amada Luisa! dijo asiéndola de la mano con ternura. ¡Vuestro marido! ¡oh, nada temais de él en este momento! Se encuentra á la sazón harto feliz para que piense en venir tan pronto.

— ¿Qué significa lo que decís, caballero?

— Significa que mientras estais aqui sola, triste, aguardándole entre lágrimas: mientras volveis el rostro temiendo que le revelen vuestros ojos que ya no le amais, como si fuera merecedor de vuestro cariño; él menos escrupuloso y mas afortunado, ama á otra... á una bailarina...

— ¡Oh! mentís, eso no es verdad, no puede serlo. ¡Ah, Dios mio, Dios mio!

— ¿Habeis olvidado por ventura á la encantadora bailarina de la ópera, y la afrenta que se hizo en su obsequio á la mas pura y á la mas hermosa de todas las mugeres?

Mma. de Noirmont escuchaba á Enrique con

cierto estupor que á despecho de sus esfuerzos indicaba que la conviccion penetraba poco á poco en su espíritu. ¿Qué modo de esplicar mas favorablemente las ausencias de su esposo, y su obstinada negativa de oirla y perdonarla? Además, al lado de aquel frio desden, de aquel injurioso olvido, colocaba la infeliz muger en su alma aquella ardiente y noble pasion que acaba de serle revelada de nuevo por uno de esos actos de acosadora temeridad, á que se muestran siempre agradecidas las mugeres en el fondo de su pecho. De la vil denuncia de Enrique no percibia Mma. de Noirmont mas de lo que podia justificarla y ennoblecirla á sus ojos. Despues el sentimiento de la injuria, la cólera sustituye poco á poco al dolor mas sincero, y la vengaoza suele hablar muy alto al corazon de una muger; sobre todo cuando se presenta bajo las formas de aquel á quien se ha amado primero y á quien se ama todavia. Enrique estaba de hinojos á los pies de Luisa, con la cabeza echada hácia atras y con la mirada suplicante y apasionada. Ella contempló con turbados ojos la hechicera figura del jóven, su negro y brillante cabello, su lánguida faz, y sus manos putidas como las de una dama.

Durante esta escena Enrique cubria de besos la mano que se olvidaba de retirar Luisa: la hablaba con entusiasmo; estaba delirante, trémulo y la llamaba con esos mil nombres infantiles que tanto influjo ejercen sobre la muger que los inspira. Sonrojábase Luisa; pero Enrique sabia usar con la misma destreza de la súplica que de la lisonja. Se mostraba tan feliz con estrechar en sus brazos aquel esbelto talle que en vano procuró ella desprenderse de cinturón tan dulce, y apenas pudo decirle con débil voz que se levantara. Obedeció Enrique; mas en este movimiento se rozaron sus labios con la boca de la jóven: esta le rechazó con ira: él manifesto sorpresa; pero al mismo tiempo estrañó la palidez del semblante de la dama, y la frialdad que se esparcia por sus facciones. Quiso acercarse á ella para pedirle perdón; mas habia quedado como insensible y distraida. Enrique comprendió que les separaba un mundo: en vano buscó en su mente el motivo que le habia hecho caer en semejante desgracia; ni ella misma pudo esplicárselo, tan desusado é imprevisto era lo que la pasaba en aquel momento.

Por la primera vez se cercioró Mma. de Noirmont de que Enrique no la amaba como habia creído, como queria ser amada. Su alma cándida y dulce habia hecho concebir en su aislamiento un amor poderoso, indómito y puro. Un mo-

mento antes hubiera sacrificado su reposo, su fama y hasta su vida por sentirse amada de aquel modo. En vano procuraba Enrique ejercer otra vez dominio sobre aquella alma delicada que habia ajado, y que huia de la suya. Luisa no le respondió palabra. Al fin conociendo todo lo ridículo de la posicion que él mismo se habia creado, saludó tristemente á Mma. de Noirmont.

— Aguardad, caballero, le dijo ella, ese camino no ofrece seguridad ni para vos ni para mi, ese aposento se comunica con el de mi esposo.

— Os comprendo, señora, pero descuidad; el balcon que me ha servido para llegar secretamente hasta vos, me proporcionará salida para alejarme de aqui sin comprometeros... Mi vida me importa ya poco desde ahora.



Al decir estas palabras con un tono casi trágico se lanzó Enrique á la estancia vecina: habia contado con el efecto de esta última frase para conmover á Luisa; pero la vió alejarse con indiferencia. Comprendió que habia perdido la batalla y efectuó su retirada á través del jardín y de allí á la calle con el auxilio de una llave falsa, y tomando precauciones diametralmente opuestas á la declaracion heróica que acababan de formular sus labios,

(Continuará.)

